

Man of the House. The Life and Political Memoirs of Speaker Tip O'Neill. TIP O'NEILL with WILLIAM NOVAK. St. Martin's Press, New York, 1988, 462 págs.

LUIS DE LA PEÑA RODRÍGUEZ

I

El título del libro es suficientemente expresivo. La obra narra la vida y las memorias políticas de TIP O'NEILL, que se ha dedicado brillantemente durante cincuenta años a la vida política y parlamentaria norteamericana. Asimismo, ostenta el récord de haber sido el Speaker de la Cámara de Representantes de mayor permanencia en el cargo (1976-1986). Sin embargo, el interés del libro, plagado de anécdotas, no radica simplemente en el resumen numérico de los años de permanencia del autor en la Legislatura del Estado de Massachusetts o en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, sino en la visión directa, amena y, en ocasiones, divertida del funcionamiento práctico del sistema constitucional, con especial hincapié en el Congreso de los Estados Unidos.

La obra podría dividirse en tres partes. La primera, que abarcaría el período de su infancia y juventud hasta 1952, año en que consigue su primer escaño en la Cámara de Representantes de la Unión. Una segunda fase que comprendería su vida parlamentaria en la Cámara de Representantes como diputado (1952-1976). Por último, la tercera parte del libro está dedicada a su mandato como Speaker en esa Asamblea (1976-1986) y sus relaciones con los Presidentes de los Estados Unidos.

A continuación examinaremos por separado cada una de estas partes.

II

Nacido en 1912, en el seno de una familia numerosa, de clase trabajadora y leal al partido demócrata de origen irlandés, hubo de sufrir los problemas de integración de la época, pese a todas las leyendas, más o menos fantásticas, del «melting pot» americano. Estas dificultades, desde los WASP (White Anglo-Saxon Protestant), se van reproduciendo hasta el asentamiento de cada uno de los grupos étnicos que han ido llegando a dicho país. En el momento del nacimiento del autor el grupo afectado era el irlandés, poco después serían los italianos y griegos, más tarde los hispánicos, etc. No obstante, no cabe poner en duda la gran capacidad de ese país para inculcar un fuerte sentimiento nacional en sus recién llegados.

Desde su juventud recibió una fuerte influencia de todo un personaje, JAMES CURLEY, alcalde de su ciudad, Boston, durante dieciséis años, al cual sus enemigos acusaban de arbitrario e incluso llegó a ser condenado y estuvo unos meses en prisión. Para otros, CURLEY era excesivamente paternalista. A juicio de O'NEILL, CURLEY fue un ejemplo en lo positivo (pág. 30), pero desconfiaba de su sentido ético (pág. 39).

A los veinticuatro años logra su primer cargo por elección en la Legislatura de Massachusetts. Por cierto, su denominación oficial, Massachusetts General Court, como tantas otras Asambleas, tiene reminiscencias judiciales. De su experiencia en esta Cámara, recuerda la parcialidad del Speaker republicano que no permitía la entrada de los diputados demócratas en sus dependencias, debiendo tratarse sus peticiones en el umbral de la puerta de su despacho. Igualmente, todos los despachos estaban adjudicados a los miembros del partido republicano, careciendo los demócratas de un mínimo habitáculo (pág. 45). O'NEILL recuerda que la clave para el funcionamiento del partido se encontraba en el patronazgo, facultad para distribuir y adjudicar puestos de

trabajo, especialmente a quienes habían colaborado durante la campaña electoral (pág. 46).

Desde un primer momento, O'NEILL aprendió que toda actividad política es de carácter local y que a la gente le gusta que le soliciten su apoyo y que éste sea agradecido. TIP describe perfectamente una realidad: «el poder está donde la gente piensa que está» y añade «en mi caso, esta imagen (de persona poderosa) provino de mi reputación de eficacia en el logro de resultados, especialmente para mis votantes» (pág. 48). Esta aureola le acompañaría, como él mismo se encarga de reiterar, a lo largo de toda su vida política (pág. 165).

El primer problema serio en esa Asamblea se planteó pronto con motivo de su apoyo al intento fallido de derogar la ley que establecía la obligación de que todos los profesores prestaran juramento de acatamiento a la Constitución norteamericana y de Massachusetts. Además de su inutilidad, comparaba esta exigencia con las prácticas de la Alemania nazi. A la postre, manifiesta O'NEILL, esta disidencia le proporcionó una gran independencia y, a partir de entonces, «se le identificó como un líder potencial de la Cámara» (pág. 52). Desde una perspectiva general, probablemente convendría reflexionar sobre la virtualidad de este tipo de actos, en todos los niveles de servicio al Estado, rechazándolos allí donde no quepa exigir responsabilidad política.

O'NEILL fue coautor de la gran victoria del partido demócrata, en 1948, que puso fin al largo dominio republicano en Massachusetts y le llevó a la silla del Speaker. Debe llamarse la atención acerca de las amplias facultades de este órgano (pág. 71). Desde el punto de vista anecdótico, expresa el autor que en esta sede fue un Speaker estricto dado que no permitió a los diputados, durante las sesiones plenarias, «leer la prensa en los escaños, ni tener los pies por alto, ni tampoco fumar hasta después de las seis de la tarde» (pág. 74). O'NEILL permaneció en este cargo durante dos mandatos de dos años, y en 1952 logró escaño en la Cámara de Representantes del Congreso, iniciándose una nueva fase en su carrera política (1952-1976).

III

TIP O'NEILL conservaría este escaño hasta 1986, año en que abandonó la vida pública. Teniendo en cuenta que el mandato de la Cámara de Representantes dura dos años, THOMAS O'NEILL obtuvo la renovación de la confianza del electorado en 17 ocasiones. Cabe pensar que esta excesiva brevedad del mandato y la presentación por un distrito electoral uninominal acentúa el localismo, a veces aldeanismo, de los representantes, lo cual se traduce en la cortedad de miras de la política nacional. Mas el principio bienal ya propugnado por «El Federalista» no es cuestionado hasta el día de hoy en Norteamérica. Por otra parte, es la duración del mandato uno de los elementos que marcan la diferencia con el Senado, donde el mandato es de seis años y tradicionalmente tienen lugar los debates de mayor altura política.

Rápidamente, en 1955, fue designado por el Speaker Rayburn miembro del influyente «Rules Committee». Recordemos que esta Comisión determina el calendario de tramitación de las iniciativas legislativas; vela por el buen funcionamiento de la Cámara; determina si habrá debate, enmiendas e, incluso, la clase de éstas. Asimismo, el «Rules Committee», en la práctica, puede bloquear la tramitación de cualquier iniciativa legislativa, dado que sólo dos Comisiones —las Appropriations y la de Ways and Means— pueden someter al Pleno las iniciativas y conseguir su aprobación por mayoría simple. El resto de las Comisiones, si quieren obviar el veto del Rules Committee, debe conseguir la aprobación de sus iniciativas por mayoría de los 2/3 del Pleno de la Cámara. No es de extrañar, por tanto, que esta Comisión sea considerada como el tercer brazo del Congreso, después de la Cámara de Representantes y del Senado.

En la Cámara trataría al futuro Presidente KENNEDY. JOHN FITZGERALD KENNEDY, a juicio de TIP O'NEILL, apenas se interesaba por su distrito, sin embargo, nunca encontró otro parlamentario que llamara tanto la atención de la prensa haciendo tan poco trabajo (págs. 100 y 101). Cuenta el autor que el brillante triunfo en la carrera política de JOHN FITZGERALD KENNEDY, estuvo basado

en que éste, apoyado en importantes recursos económicos, fue precursor de la sociología electoral aplicada y del tratamiento de la política como ciencia. Además, debe destacarse la extraordinaria renovación, con un equipo en torno a los treinta años, y el cambio de estilo introducido, que sólo su asesinato en Dallas pudo trancar.

Dos actuaciones en sendos acontecimientos iban a facilitar el acceso del autor al cargo de Speaker: Vietnam y el escándalo Watergate. En agosto de 1964, cuando el Presidente JOHNSON logró la aprobación en ambas Cámaras del Congreso de una resolución que le permitía «adoptar todas las medidas necesarias para frenar la agresión comunista en Indochina», O'NEILL intentó oponerse a su aprobación, pero fue frenado por las admoniciones del Speaker Rayburn. El argumento utilizado por éste fue que «la política finaliza al borde del mar» (pág. 227), esto es, cuando se trata de política exterior, hay que apoyar al Presidente. La razón de Estado, como se ve, adopta múltiples formas. Algo más tarde, en 1967, la postura no intervencionista de O'NEILL se hizo patente, por fin, a través de una polémica carta enviada a sus electores. Desde su punto de vista, el fundamento de la retirada de las tropas americanas de Vietnam no era tanto moral, es decir, inexistencia de un derecho a intervenir en lo que realmente era una guerra civil, sino pragmático: se trataba de una contienda en la que no existía por parte norteamericana una voluntad de victoria. Un ímpetu excesivo en la intervención podría haber producido la III Guerra Mundial (págs. 229 y 230). O'NEILL consideró esta misiva como su sentencia de muerte política, sin embargo, con el transcurso del tiempo sirvió para afianzar su prestigio. No obstante, su postura antibelicista únicamente quedó en la carta aludida, dado que una conversación, en esta ocasión con el Presidente JOHNSON, sirvió para detener sus esfuerzos, no demasiado ardorosos, por la paz. Posteriormente el autor se lamentaría de esa pasividad propia que podría haber ahorrado más de 60.000 vidas norteamericanas, sin que mencionara las bajas vietnamitas.

Durante el escándalo Watergate, O'NEILL se convirtió en uno de los promotores del impeachment presidencial. NIXON, pese a

sus indudables cualidades y éxitos internos y externos, no pudo resistir la tentación de abusar de su poder. El papel y el prestigio de la Cámara de Representantes refulgió en ese momento. El Presidente, que ya había dado algunos signos de inestabilidad psíquica citados por el autor, dimitiría el 9 de agosto de 1974 y daría paso al primer titular del Ejecutivo no electo en la historia de los Estados Unidos, GERALD FORD.

O'NEILL fue recorriendo los tradicionales escalones de ascenso al cargo del Speaker. En 1971 sería designado whip de los demócratas y en 1973 ya era Majority Leader. En 1976 sería elegido Speaker de la Cámara de Representantes. Durante su mandato como Speaker impulsó y logró la reforma del Código de ética de los Representantes, al hilo del cual se limitaron las remuneraciones extraparlamentarias y se aumentó, materia siempre polémica, el sueldo de los parlamentarios. En este orden de cosas, O'NEILL rechaza las acusaciones de existencia de una corrupción generalizada entre los parlamentarios, en primer lugar, porque éstos «actúan siempre en una pecera de cristal, donde todo lo que se dice o hace se refleja en la prensa» y, en segundo término, los parlamentarios «no tienen poder para hacer los favores por sí mismos» (pág. 337). Estas manifestaciones probablemente no alcanzan al siempre resbaladizo tema, desde todos los ángulos de vista, del tráfico de influencias, que es una forma sutil de la corrupción.

Por otra parte, en 1979 introdujo las cámaras de televisión, reflejándose en el libro muy gráficamente las razones de su rechazo hasta ese momento. No obstante, las cámaras debían enfocar únicamente a la persona que estuviera en el uso de la palabra concedida por el Speaker. El Congreso de los Estados Unidos vivía, al principio de su mandato, un proceso de renovación con la presencia de los «Watergate Babies», reacios al «Seniority system» y a la disciplina del partido. ¡Se crearon más de 154 Comisiones y Subcomisiones!

Por razones de su cargo mantuvo una estrecha relación con el Presidente CARTER, de quien afirma que fue el cargo público más inteligente que ha conocido (pág. 355). En el haber del polí-

tico de Georgia deben contabilizarse importantes éxitos como la forma de afrontar la crisis energética; su lucha en favor de los derechos humanos; la resolución del problema del Canal de Panamá, el establecimiento de relaciones diplomáticas con China y la negociación de los acuerdos de Camp David. CARTER, sin embargo, fue víctima de la mala suerte, subida de los precios del petróleo, y la inoportunidad, liberación de los rehenes de Teherán a los pocos días de jurar su cargo el nuevo Presidente REAGAN. Para O'NEILL, el sentido ético de CARTER era admirable, pero «ni la inteligencia ni la moralidad son suficientes en política, sino que se precisa estilo político» (pág. 375), dentro del cual sitúa la pompa, que los norteamericanos gustan en sus gobernantes (pág. 376), y un buen equipo del cual careció CARTER.

Sumamente diferentes fueron las características del Presidente REAGAN. Dotado de una gran habilidad para conectar con la gente, en otros términos, un gran comunicador y apoyado en un equipo humano excelente, sus dos mandatos discurrieron impecablemente, al menos hasta el estallido del asunto del Irangate. A pesar de estas características, estima TIP O'NEILL que REAGAN «careció del mínimo conocimiento exigible en los asuntos internos y externos» y «la mayor parte del tiempo, demostró ser un actor leyendo discursos y ser incapaz de entender sus propios programas». Todo ello convierte al mencionado en el peor Presidente que el autor conoció desde TRUMAN (pág. 431).

Destaca O'NEILL la falta de dedicación y la dejadez de REAGAN respecto a los detalles de política y legislación, a lo cual tampoco fue ajeno su avanzada edad. Esta circunstancia quizá propició algunos célebres lapsus del Presidente, como el que a continuación se reseña. En cierta ocasión, durante un encuentro celebrado en el despacho del Speaker, éste le indicó a REAGAN que la gran mesa de trabajo que allí se encontraba había pertenecido al Presidente GROVER CLEVELAND. REAGAN contestó que él había interpretado a CLEVELAND en alguna de sus películas. O'NEILL inmediatamente corrigió: «En realidad, Presidente, estás pensando en GROVER CLEVELAND ALEXANDER, el jugador de béisbol, de la película 'The winning team'». Resulta inquietante pensar en que este tipo de hechos se reiteraron con frecuencia en el hombre más

poderoso del mundo. Aparte de sus duras críticas al conjunto de la política económica, «Reaganomics», el autor estima que el antiguo gobernador de California podría haber sido «un excelente rey» (pág. 431).

En 1986, O'NEILL se retira de la vida política e inicia una nueva y lucrativa andadura como anunciante de diversos productos comerciales, al amparo de la familiaridad de su rostro y su cálida voz paternal. ¡Un fin típicamente americano!

Para concluir, a lo largo de las páginas de este ameno libro, se va reflejando un cierto desinterés por el resto del mundo, en parte propiciado por el inmenso tamaño de los Estados Unidos. Esta connotación tiene consecuencias importantes: el solipsismo y la aplicación del principio democrático y de bienestar circunscrito a las fronteras norteamericanas, cuyos efectos repercuten en toda la humanidad. A pesar de ello, la obra resulta de un gran interés por su lenguaje, pleno de frescura, y su contenido para toda aquella persona que desee conocer más profundamente la realidad de la Nación que se encuentra a la vanguardia del planeta.